

**Segundo Ateneo de Docentes Escritores de Textos Pedagógicos**  
**16 de diciembre de 2003**

**Reflexiones acerca de los procesos de escritura en educadores**

Fanny Kunsminsky

Comencé a escribir textos pedagógicos por necesidad, necesidad personal y profesional. Necesidad de sistematizar, de compartir con otros, de clarificar, de poner en palabras una experiencia pedagógica que estaba llevando a cabo hacía un tiempo, y que me preocupaba. Me preocupaba lo que estaba y estoy haciendo, pero fundamentalmente cómo lo estaba haciendo y por qué hacía lo que hacía.

Con frecuencia pensaba en ello, necesitaba escribir, pero una y otra vez lo postergaba. Quería poner en orden mis ideas, darle un sentido a aquello que no había elaborado, pero con lo cual estaba comprometida institucionalmente.

Pero también se trataba del conocimiento, de articular la relación teoría -práctica que tanto proclamamos a nuestros alumnos, futuros docentes, pero que muchas veces carece de significado alguno.

Estábamos desarrollando actividades, mis alumnos y yo, pero, ¿por qué? ¿desde donde? ¿cómo? ¿con qué intención?

Ya en el taller, la tarea era escribir. Tenía serias resistencias para hacerlo. No sabía cómo, lo que intentaba me parecía banal y no digno de ser contado. Me costaba posicionarme como sujeto de una experiencia en la que de un modo u otro estaba involucrada. Era más fácil verbalizar o racionalizar mis dificultades, que la propia escritura. Comprendí que no se trataba de escribir o describir un proyecto, sino, de lo que me pasaba a mí con el proyecto. ¿Cuáles eran mis vivencias? ¿Cómo me sentía? ¿Por qué tomaba esas decisiones y no otras? ¿Qué sentido tenían las actividades que hacíamos? Por supuesto, contar mi experiencia acerca de una propuesta pedagógica, necesariamente involucra al proyecto en sí, como al sujeto de esa experiencia. Sujeto y objeto en una relación dinámica, abierta que interactúan mutuamente.

Darme cuenta de esto, es lo que me proporcionó la escritura. Fue fundamental también la presencia de otros colegas, escuchar otras historias, opiniones, críticas, dificultades semejantes a las mías, y otras diferentes. Todos y cada uno de estos aspectos activaron en mí un proceso que creía dormido o para el cual no estaba capacitada.

Podría decir que la escritura ejerció en mí un efecto liberador, y hasta terapéutico. Liberador en el sentido de aliviar, de darme cuenta, de tomar registro, de socializar el conocimiento, de cocientizar para luego reflexionar acerca de las decisiones que tomamos como docentes, por qué esas y no otras. También me permitió

utilizar la narrativa como estrategia de enseñanza y de aprendizaje en el aula, con los alumnos. Que los alumnos y alumnas escriban acerca de sus propias experiencias, sus prácticas institucionales y áulicas, así como las de otros, para luego reflexionar sobre ellas, me parece tan enriquecedor como los aportes teóricos disciplinares. Seguramente su utilización como herramienta didáctica requiere un mayor rigor teórico y metodológico del que poseo hasta ahora, pero a eso estoy abocada.

Hasta el momento, la escritura de textos pedagógicos me permitió trabajar fundamentalmente en el aula; escribir y narrar experiencias realizadas por los propios alumnos, reflexionar sobre ellas, escucharse, escuchar, leer y analizar material bibliográfico que utiliza la narrativa como instrumento de investigación en la enseñanza.

Pero institucionalmente, como espacio de intercambio y de formación profesional horizontal, sería necesario crear mecanismos institucionales que faciliten su uso y divulgación. No obstante ya hay indicios muy incipientes, por cierto, de instituciones formadoras de docentes que rescatan su importancia para la formación docente.